

extranjeros. Para triunfar era preciso adoptar la táctica y la estrategia del comerciante inglés, o penetrar en el fondo de la mezcolanza híbrida en que se revolvían las razas que poblaban sus calles y encrucijadas. Mientras el extranjero se entrega a la acción y al negocio, el criollo se lamenta o hace reflexiones. Un gran amor a su rincón natal es el fondo de este bello libro. Pero eso no basta para que el autor le enrostre duras verdades. Resumamos esta crónica, transcribiendo una de las páginas más certeras de la psicología de la ciudad:

«El crecimiento de Génova, Venecia, Marsella y Barcelona depende en parte de la posición de esos puertos, pero también del patriotismo de sus hijos y del aprovechamiento invariable de la materia que produjeron. Valparaíso, la ciudad del viento, ha sido albergue pasajero de la gente que cobijó. Nada queda para insinuar al viajero su época de esplendor comercial; no posee una joya de arte capaz de figurar en las guías del turista. En cualquier poblacho de Europa hay alguna torre, algún acueducto o ruina reveladora de las generaciones que pasaron. En Valparaíso mediante unas u otras desgracias, no permanece nada: el terremoto se llevó las huellas de los hombres: la Intendencia española, el palacio Ross, el Teatro de la Victoria. Las familias se esparcieron por el mundo. Manterolas, Varelas, Benavides. Edmonson Searles, Ross, Equires, Buchanan, Santa María. Hombres que llegaron con el viento Sur se fueron como llegaron, dejando

efímeras señales. Nunca asociaron las voluntades ni llamaron artistas para dar a la cuna que los enriquecía un aspecto, no digamos admirable, sino simplemente decoroso. Es ya una enfermedad social creer que el negocio lo suele todo y que el hombre de negocios sirve para todo. En Chile no hay un monumento típico que reclame la atención universal. El hombre pasó por la tierra cual manga de langosta. Si me pidieran la definición de la arquitectura porteña yo diría: *calamina*». — *Domingo Melfi*.

HIJA DE LA TIERRA. (novela de una vida), por *Agnes Smedley*.

No es una novela construída de acuerdo con las convenciones tradicionales del género. No hay artificio en la estructura ni en el estilo. Es el relato, simple y patético, de una vida agobiada por un destino de miseria y de angustia, que trata, sin embargo, de realizarse libremente, rompiendo con los prejuicios vigentes y aun con los impulsos de su propio corazón.

Desde los primeros y vagos recuerdos infantiles que nos presenta la autora, sentimos el sordo palpitante trágico de un alma sensible golpeada por la áspera realidad. Un círculo gris de pobreza rodea a la pequeña niña. Al padre, la madre y los hermanos empujados de un lugar a otro por el deseo de vencer a la mala suerte.

La madre la castiga con frecuencia, por causas fantásticas, obligándola a mentir para evitar los la-

tigazos. Pero ella ama a su madre «Costó años arrancarme la necesidad de su cariño, porque con el menor retorno de efusión en ella renacía mi cariño. Ahora veo claramente que ella y mi padre y las condiciones de vida que nos rodeaban pervirtieron mi cariño y mi vida».

Y más adelante agrega: «Hay lágrimas que no se olvidan nunca. Lágrimas infantiles que dicen que no significan nada y penas que aseguran que los niños olvidan. Me siento fatigada de recuerdos de lágrimas. y de penas». A través de todo el libro (1), vibrante de un realismo conmovedor que a ratos se ve la de sobria poesía, encontraremos el desencanto de un alma que, al asomarse a la vida, sólo encontró la tristeza de la miseria, la incompreensión de los padres, la desesperación de la soledad.

Demasiado joven, vése obligada a emprender la marcha sola, frente a un porvenir incierto. Odia su pasado y quiere ser libre. Ninguna amarra es su consigna. Y lucha valientemente con el destino, con los hombres, con su corazón. Se desgarrar, pero vence. Y sigue adelante, con la voluntad tensa, en guardia contra todo y contra todos en la voráGINE de la sociedad yanqui.

Luego se mezcla a los grupos revolucionarios y entra en relaciones con los representantes del nacionalismo hindú. La guerra europea está en su período álgido y se insiste en la necesidad de la intervención norteamericana. Los socialistas luchan contra esa idea. Agnes Smedley

estará con el partido de la Humanidad.

También ayuda a los hindúes que desean emancipar su patria de la tutela inglesa. Entre ellos conoce al hombre que, por primera vez, la hace sentir el amor. Hasta entonces, ella ha entregado su cuerpo y nada más. Ha sido libre. Ha vencido las acechanzas de la pasión que aniquila la voluntad y cambia el eje del destino. Ahora es vencida.

Pero el pasado, un episodio del pasado, ensombrece el júbilo de su amor. Después de una felicidad demasiado breve, penetra, de nuevo, en su vida, el soplo trágico. Queda sola, la voluntad se ha sobrepuesto a la pasión y para huir, acaso, de sí misma, compone su libro que: «es la historia de una vida escrita en la desesperación, en el infortunio. Escribe de la tierra en que todos nosotros habitamos, de las alegrías y tristezas de los humildes, de la soledad, del dolor y del amor». —E. G.

POESIA

ALONDRA, por G. Luzuriaga Agote (1)

Como decía el bueno de Omer Emeth cada vez que un libro de poesías llegaba a sus manos, debo decir yo después de leer «Alondra»: la vieja y cansada cuestión del amor. Pero mientras el crítico católico hacía un largo reparo al tema predilecto de todos los poetas del orbe, yo diré que el tema es cuestión

(1) Editorial Cenit. Madrid, 1931.

(1) Ediciones J. Samet. Buenos Aires. 1931.